

García Márquez y la soledad del poder

Se cumple medio siglo de la publicación de *El otoño del patriarca*, la novela en la que el Nobel colombiano construye su dictador latinoamericano, destacándose como una de las mayores historias dentro de ese subgénero narrativo en nuestra región

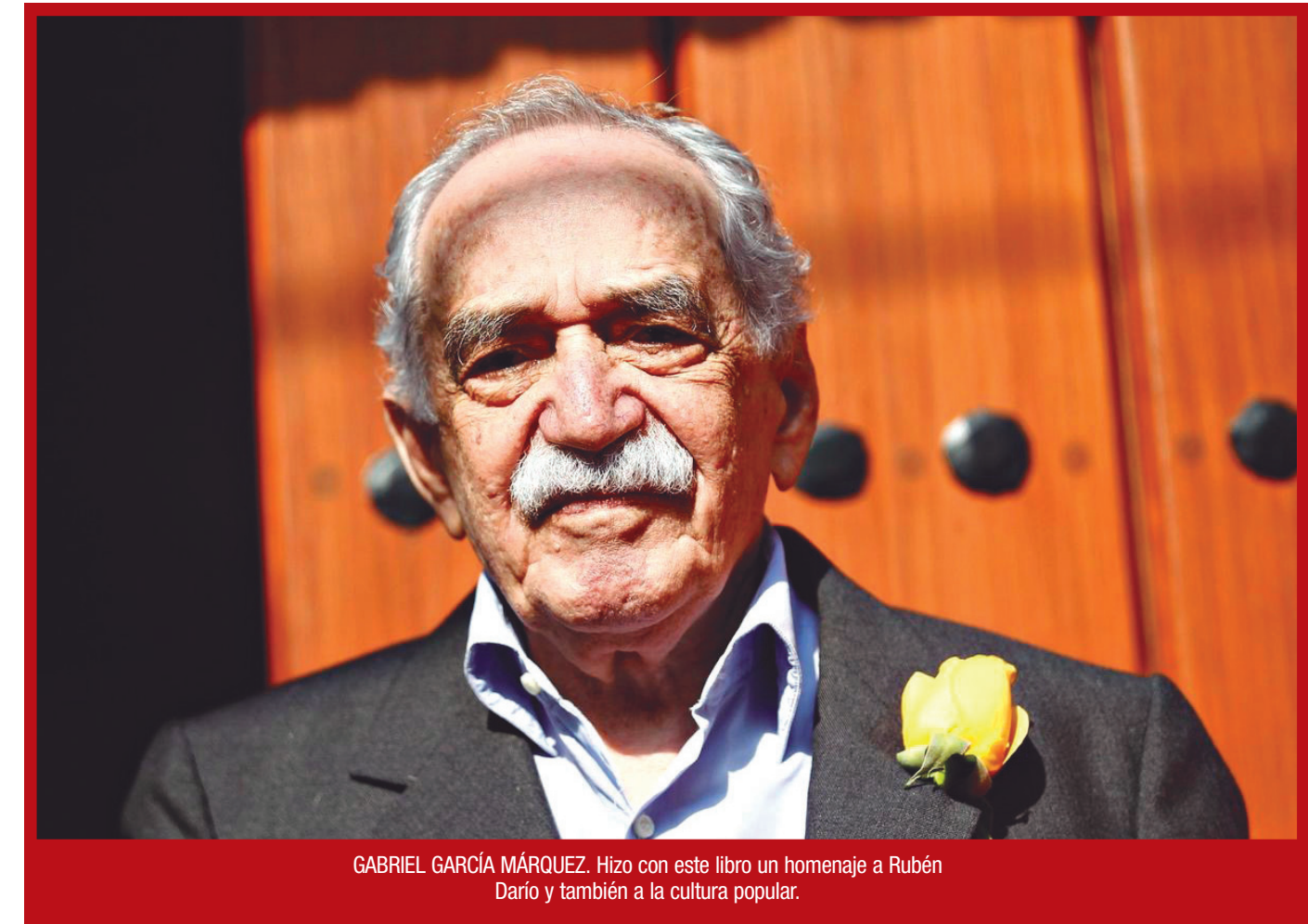
♦ **Por Carmen Perilli**
PARA LA GACETA - TUCUMÁN

Hace 50 años se publicó *El otoño del patriarca*, una novela muy esperada. García Márquez la empezó a escribir mucho antes que *Cien años de soledad*. Perteneció a la narrativa de dictadores que encuentra sus antecedentes en el *Tirano Banderas* de Valle Inclán y en *El señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias. Es la novela del dictador y la novela del pueblo latinoamericano que padece a este dictador. Un libro que es un homenaje a Rubén Darío pero también a la cultura popular. Julio Ortega la califica como “reflexión sobre la tragedia política desde la comedia popular”. La voz comunal, otorga al “nosotros” la capacidad de desplazarse entre puntos de vista: el pueblo, los que comparten el poder, los que presencian la muerte, los que lo conocieron en sus comienzos. La historia del patriarca muerto y el pueblo resucitado se da en simultaneidad. La generación de la conciencia crítica en el narrador colectivo conlleva la subversión del mito erigido por el relato oficial.

Cada uno de los seis capítulos cumple un movimiento desde la muerte a la vida que culmina en la restitución de la historia al pueblo. Algunas de las acepciones de patriarca en el diccionario sirven para sostener la intención irónica del título. Este patriarca sin nombre no es cabeza de familia. Su relación más constante es la filial, pues está aferrado a la madre, aún después de la muerte. No es tanto patriarca como hijo “sin padre” de la “matriarca de la patria”. Su infantilismo e impotencia sólo procrean miles de hijos sietemesinos de concubinas son una parodia de la familia dilatada.

Moldear el mundo

El título de Padre de la Patria resulta risible ya que el verdadero dueño de los hilos de la Historia es el extranjero. Su madre le señala que “no sirve más que para gobernar”. No existe dignidad en



GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ. Hizo con este libro un homenaje a Rubén Darío y también a la cultura popular.

este anciano cuya corrupción moral se une a la decrepitud física. Su única sabiduría y la violencia que le ayudó a hacerse con el poder. No intenta cambiar el mundo, sino moldearlo a su imagen y semejanza. Vive casi cinco siglos, pues ha visto las carabelas de Colón. Hay un desfase permanente entre la imagen que ofrece y el nombre que le otorgan. El patético anciano pasea su soledad, su inseguridad de *anciano crepuscular* con la mirada más triste del mundo. Este cons-

tante juego de mitificación humaniza su imagen aun cuando gobierna el terror y ordena hacer desaparecer miles de niños para ganar a la lotería. Su ámbito es la Casa del Poder, donde actúa como una ama de llaves. El calificativo *patricio*, nombre de su doble, es irónico. “Bienvenida al patricio sin nombre” rezan los letrados. El Estado es similar a la familia, una hipérbole de Macondo. Cuando muere la madre, el abogado del diablo enviado por el Papa que investiga el pe-

dido de canonización le advierte que valore lo único que es suyo: “una nueva forma de amor en las recuas de menesterosos, que no esperaban nada de nadie”. El pueblo lo odia y rechaza, pero también lo venera e idealiza: “era el único de nosotros que conocía el tamaño real de nuestro destino”.

García Márquez utiliza las biografías de Gómez, Francia, Estrada Cabrera, Rosas, Videla, Facundo, Duvalier, Franco, Stalin y Julio César. El tirano es una

construcción de los grupos de poder, como respuesta a la demanda de un pueblo sin historia, en el que la dimensión arquetípica ocupa la Historia. Percibido desde la fábula popular, su figura adquiere una dimensión mitológica: “porque ninguno de nosotros le había visto nunca”; “desde niños nos acostumbraron a creer que él estaba vivo en la casa del poder”; “sabíamos que él estaba ahí, lo sabíamos porque el mundo seguía.”; gobernaba como si se supiera predestinado a no morir jamás”. La leyenda se confunde con la historia, el poder se instaura como orden natural. Su clarividencia de corto alcance y los caudillos que lo rodean recuerdan a Aureliano Buendía. No existe otra ambición que la del poder. El mito del héroe está invertido. El discurso destaca su monstruosa longevidad: anciano crepuscular; el anciano más antiguo de la tierra, animal taciturno, abuelo inútil.

“Yo soy el que yo soy”

Su problema de identidad, se resuelve irónicamente, a través de la afirmación de su divinidad. El, como principio y como fin de todo. Es comienzo y fin de sí mismo, incansable en su búsqueda de eternidad, lo sobrevive la inmortalidad del pueblo, que es la de los que se prolongan en los otros. La muerte es también una mujer a la que no logra dominar: “entraba y salía cuando quería atravesando las paredes, y entonces la vio, era la muerte mi general, la suya, vestida con una túnica de harapos de fíque de penitente, con el garabato de palo en la mano y el cráneo sembrado de retoños de algas sepulcrales y flores de tierra en la fisura de los huesos y los ojos arcaicos y atónitos”.

© LA GACETA

Carmen Perilli – Doctora en Letras. Especialista en Literatura latinoamericana.

El gobernante, la educación, la ciencia y la cultura

♦ **Por Raúl Courel**
PARA LA GACETA – BUENOS AIRES

En la mesa de gabinete, que el gobernante preside, el funcionario de educación y cultura, como es lógico, pide más presupuesto, mientras que el de economía, como es habitual, dice que no hay. Es el gobernante quien inclina la balanza, pero ¿por qué habría de resolver a favor del primero si los beneficios que producirían esos gastos parecen tan pequeños o lejanos comparados con otros?

La cultura, la ciencia y el saber no se construyen cuando los hombres se limitan a buscar lucros o provechos cercanos. No es posible pintar un cuadro, empecinarse en resolver un complejo problema matemático, estudiar historia, reflexionar sobre la sociedad, investigar una enzima, escribir una poesía, una novela o un ensayo, si falta la mera satisfacción de hacerlo, antes aún que la expectativa de utilidad o rédito económico alguno. Del mismo modo, si en el gobernante falta amor al saber y a la cultura es poco probable que haya suficiente decisión para que las políticas de Estado lleguen realmente a elevar la educación, promover verdaderamente la ciencia y el



EL HOMBRE DE VITRUVIO. La conexión de la ciencia, la cultura, la política y la naturaleza.

arte, desarrollar la cultura y brindar, en fin, las condiciones adecuadas para que

la inteligencia produzca sus mejores frutos. ¿Por qué otra razón habría de hacer-

lo el gobierno si los beneficios electorales y los réditos económicos se obtienen, al menos por ahora, de manera más rápida por otros medios?

Entre las condiciones personales que hacen de un gobernante un gran estadista hay algunas, infaltables, que no se dejan reconocer fácilmente. Sus habilidades para triunfar en batallas electorales pueden estar a la vista, pero no alcanzan. Es preciso que lleve el fuego de otros berretines, que tal vez se descubren explorando más su vida privada que la pública. ¿Qué hace el gobernante en sus ratos de ocio?

Bolívar sin duda leía mucho, es sabido que recorría a lomo de mula el continente llevando consigo una actualizada biblioteca, mucho más voluminosa que su guardarropa. Sarmiento y Mitre escribían magníficamente, ¡y cuánto! Para que el príncipe sea mecenas del artista no basta con que tenga los medios, es preciso que sienta, incluso tal vez hasta la envidia, auténtica admiración por el talento, la belleza y la inteligencia, como Lorenzo de Médicis o el papa Julio II por

Miguel Ángel y sus obras.

Sólo si el gobernante siente la pasión del verdadero estudioso sentirá la importancia de formar en el máximo nivel al mayor número posible de jóvenes, por ejemplo, como investigadores, para que den al sistema científico argentino una más amplia base. Sólo si ha experimentado en sí mismo y hasta la extenuación la efusión intensa de la lectura podrá importarle que no haya niño en el país que no disponga de una biblioteca básica. Sólo si siente verdadero agradecimiento hacia los maestros que él mismo tuvo podrá hacer lo que sea preciso para que ellos no les falten a sus hijos y gobernados. Lo hará no sólo porque tiene la convicción de que esa es la base de cualquier futuro digno de ser querido, lo hará porque dentro de sí, en el tuétano de su ser y de manera irrenunciable, ama el saber, la ciencia y la cultura.

© LA GACETA

Raúl Courel – Psicoanalista tucumano, ex decano de la Facultad de Psicología de la UBA.

La mercantilización de la sociedad democrática

♦ **Por Jaime Nubiola**
PARA LA GACETA - BARCELONA

Leí con vivo interés la entrevista con el filósofo estadounidense Michael Sandel publicada en *La Vanguardia* [5 mayo 2025] a propósito de su reciente libro *Igualdad*, escrito a dos manos con el famoso economista francés Thomas Piketty. El propio titular de la entrevista destacaba el vacío moral que se crea en la sociedad cuando son los mercados los que definen qué es lo valioso. De inmediato trajo a mi memoria aquel certero aforismo de Machado en su *Juan de Mairena*: «Todo necio confunde valor y precio».

Sandel —que hizo su tesis doctoral con Elizabeth Anscombe e Isaiah Berlin— explica en la entrevista que en la sociedad capitalista contemporánea no hay espacio para el debate moral, para el diálogo sobre las grandes cuestiones éticas, pues aparentemente el precio de mercado es lo único que se valora en nuestra sociedad. Subrayo el “aparentemente” pues, a decir verdad, las cosas más valiosas de nuestra vida no se venden en el merca-

do: la paz, la alegría, la familia, la amistad, el aire limpio, la naturaleza, los atardeceres, etc.

La convivencia democrática —defiende Sandel— requiere el debate moral, el diálogo sobre aquellas cuestiones más básicas que a todos nos afectan. Sin embargo, —añade en la entrevista— «las sociedades liberales tienden a rehuir el debate público sobre las concepciones contrapuestas de la vida. Es comprensible, pues discrepamos en muchas cuestiones morales. Pero es un error pedir a los ciudadanos que dejen de lado sus convicciones morales al entrar en la esfera pública».

Me gustó todo el razonamiento y encargué el libro *Igualdad. Qué es y por qué importa* (Debate, 2025, 151 págs.). Se trata de un coloquio mano a mano de ambos pensadores con algunas ideas que decididamente invitan a pensar. No

están de acuerdo entre sí en todos los detalles, pero sí que ambos denuncian la *mercantilización de las sociedades democráticas*, esto es, el sometimiento de todos los valores al capital. Piketty —que es un economista de formación marxista— saltó a la fama en el año 2013 con su potente libro *El capital en el siglo XXI* en el que mostraba con notable erudición y abundancia de ejemplos de muchos países cómo el desarrollo económico ha favorecido históricamente la desigualdad tanto entre las personas como entre los países: cada vez los ricos son más ricos y la brecha entre ricos y pobres es cada vez más amplia. Lo peor —a juicio de ambos autores— es que esto ha sucedido supuestamente en nombre de la libertad.

Copio de Sandel: «Pienso que lo atractivo del credo del mercado [...] ha residido en que los mercados parecen ofrecer una vía para librarnos —a nosotros, a los

ciudadanos democráticos— de caóticos, conflictivos y controvertidos debates sobre cómo valorar los bienes y las contribuciones diversas que las personas aportan a la economía y al bien común. La fe en el mercado nacería, pues, de cierta aspiración liberal a la neutralidad entre las diversas concepciones sustantivas de los valores y la vida buena. [...] Ahora bien, como es evidente, los mercados no son instrumentos verdaderamente neutrales en cuanto a valores». Piketty añade brevemente: «Estoy de acuerdo con esto. Pienso que, al final, eso es miedo a la democracia; es miedo a la deliberación democrática» (pp. 59-60).

No es fácil persuadir a los ricos, tanto a los multimillonarios como a los países más prósperos, para que compartan sus riquezas con los más pobres. En España en estos meses los ciudadanos estamos haciendo la declaración de renta a Ha-

cienda. A mí —e imagino que a muchos otros— me irrita la enorme carga impositiva que pesa sobre las clases medias (o sobre los pensionistas como es mi caso) mientras que muchos de los más poderosos eluden esas obligaciones mediante hábiles recursos de ingeniería financiera.

Por mi parte, no sé de economía ni de políticas fiscales, pero tengo para mí que se trata de persuadir de su responsabilidad a quienes poseen más para que pongan sus bienes al servicio de quienes poseen menos. Por supuesto, hay muchas maneras de hacer esto, por ejemplo, creando puestos de trabajo o favoreciendo las obras sociales, pero en primer lugar pienso que deben contribuir decisivamente a la redistribución social de la riqueza a través de los impuestos.

© LA GACETA

Jaime Nubiola – Profesor emérito de Filosofía en la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es).